

Revista de Filosofía, N° 32, 1999-2, pp. 153-159

## “Melancolía cultural y curiosidad moral”: en torno a un artículo de Victor Krebs<sup>1</sup>

### “Cultural Melancholy and Moral Curiosity” in Relation to an Article by Victor Krebs

*Omar Astorga*  
*Universidad Central de Venezuela*  
*Caracas - Venezuela*

#### Resumen

Con este trabajo se realiza un análisis crítico del artículo de Victor Krebs titulado “Melancolía cultural y curiosidad moral”. Se plantea, en primer lugar, la necesidad de hacer valer los contextos académicos y culturales que entran en juego en el momento de señalar el divorcio entre la estética y las diversas disciplinas que han esgrimido criterios de validez y respetabilidad intelectual. En segundo lugar, se discute la distinción entre ética y moral tomada como criterio para situar el valor y el alcance de la estética. En tercer lugar, se advierte la paradoja cultural que se produce al plantear la articulación entre ética y estética. Y finalmente, se trata de sugerir, a manera de conclusión, que el intento de Krebs al denunciar la escisión entre estética y cultura podría ser interpretado como una escisión cuyo origen se halla en la misma reflexión estética.

**Palabras clave:** Estética, ética, cultura, moral.

#### Abstract

This paper presents a critical analysis of the article by Victor Krebs entitled “Cultural Melancholy and Moral Curiosity”. In the first place we propose the need to give importance to the academic and cultural contexts which come into play at

---

Recibido: 07-06-99 • Aceptado: 19-07-99

1 *Revista de Filosofía*, 31, Maracaibo, 1999, pp. 43-54.

the moment of pointing out the divorce between esthetics and the diverse disciplines that have wielded criteria of validity and intellectual respectability. In the second place, we discuss the distinction between ethics and morality, used as a criteria in order to establish the value and the importance of esthetics. In third place a warning is given as to the cultural paradox which is produced when proposing the articulation between ethics and esthetics. Finally, as a conclusion, it is suggested that Krebs' intention in denouncing the schism between esthetics and culture could be interpreted as a division, the origin of which is found in the esthetic reflexion itself.

**Key words:** Esthetics, ethics, culture, morality.

“Melancolía cultural y curiosidad moral” es un ejercicio sugerente, una de cuyas principales virtudes consiste en abordar temas y conceptos fronterizos en el campo de la cultura y la filosofía. Victor Krebs inicia su trabajo planteándose “la influencia ética de lo estético”, y para ello advierte que en nuestra cultura -especialmente en los círculos académicos- al ámbito de lo estético se le suelen exigir criterios de validez y respetabilidad intelectual que le son ajenos y en última instancia enajenantes.

Esta es una afirmación seguramente válida para diversos ámbitos culturales y círculos académicos. Pero sería más provechosa si con ella se distinguieran aquellos ámbitos donde lo estético ha sido ignorado o rechazado. Aquí sería útil un mínimo balance histórico cultural, pues podríamos encontrarnos, por ejemplo, con la sorpresa de que lo estético ha sido rechazado o ignorado no precisamente en los ambientes intelectuales de gran desarrollo -como en el caso de Estados Unidos- sino, más bien, en los de América Latina, donde lo académico no ha llegado a alcanzar niveles satisfactorios.

Victor Krebs se refiere a los enajenantes criterios de validez y respetabilidad intelectual que se le exigen a lo estético. Pero habría que revisar cuál es la proveniencia y sobre todo la validez y la respetabilidad de esos criterios. Habría que distinguir entre aquellos ámbitos académicos que por sus características no necesitan incorporar lo estético, de aquellos ámbitos que sí lo necesitan y que, sin embargo, no se lo han planteado sistemáticamente. De nuevo, podríamos encontrarnos con la sorpresa de que existen círculos intelectuales que no se han planteado ese nexo no tanto debido a una reflexión sostenida sino más bien por ausencia de ella. Por ello habría que revisar cuál es la validez y la respetabilidad intelectual de esos ámbitos académicos. Sería interesante descifrar el proceso mediante el cual se ha producido la articulación entre poder y saber, entre burocracia académica y desarrollo intelectual. El marxismo y el neopositivismo, por ejemplo, serían una buena muestra para descifrar esa articulación.

Pero Victor va un poco más allá. La segunda consideración que hace consiste en afirmar que “es precisamente la experiencia estética que tendemos a descalificar en nuestras consideraciones académicas, la que transforma nuestro entendimiento, nuestra capacidad de observar y catalogar las cosas”<sup>2</sup>.

De nuevo habría que preguntar cuál es la naturaleza o la proveniencia de esas consideraciones académicas que descalifican la experiencia estética sin percatarse del valor constitutivo de esa experiencia en el desarrollo del entendimiento. Conveniente sería saber, por ejemplo, cuáles son las tradiciones filosóficas que caen dentro de su aseveración, pues, si nos dejamos llevar de la mano, por ejemplo, de Castoriadis, podríamos advertir el enorme valor que ha tenido la experiencia estética de la imaginación desde Aristóteles hasta Merleau-Ponty, pasando por Kant. Pero incluso podríamos ir más allá de un simple repaso de la historia de la filosofía y de la psicología y plantear, más bien, una revisión de la historiografía misma, excesivamente sesgada por el así llamado racionalismo moderno. Podríase encontrar con la sorpresa de que conspicuos representantes del propio pensamiento filosófico moderno, como es el caso de Hobbes o de Hume, son incomprensibles si no se tiene en cuenta el peso teórico y argumentativo que le han atribuido a la idea de imaginación.

Y cabría hacer la misma observación ante el argumento de Krebs de que la conciencia moral que se va formando a lo largo de la experiencia tiene lugar a partir de la pasión estética. Estamos totalmente de acuerdo con esta afirmación. Pero quizás el problema de que esto no haya sido visto así, responde más a la pobreza de algunos círculos académicos que a las tradiciones culturales y filosóficas a través de las cuales se ha desarrollado el pensamiento occidental. No queremos decir que la filosofía ha logrado en todos sus momentos incorporar amplia y sistemáticamente la experiencia estética en la tarea de comprender los procesos intelectuales y morales. Existen diversos tipos de aproximaciones -o de alejamientos- entre estos campos. Pero que su presencia no haya sido del todo advertida obedece más, a nuestro juicio, al predominio que determinadas tendencias intelectuales -o intelectualistas- han tenido en diversos momentos de la vida académica.

De tal modo que no sólo se puede acudir a Dante o a Rilke, como lo hace Krebs, para revalorizar el poder constitutivo de la estética. También en muchísimas páginas de Vico, de Hegel, de Nietzsche o de Croce, de Lukács o de Adorno, podemos encontrar un tipo de reflexión que ha hecho de la experiencia estética, por diversas vías, un ámbito esencial para la comprensión de los procesos culturales e históricos del espíritu.

En suma, cuando se plantea la cuestión de la influencia ética de lo estético, especialmente cuando se afirma que “lo estético ... despierta en nosotros una reac-

ción afectiva, es decir, produce una respuesta emocional que anima al mundo, haciéndolo súbitamente relevante para el sentido de nuestra vida"<sup>3</sup>, cuando se afirma esto, creemos que se revaloriza un sentido sustantivo de la experiencia estética, especialmente en su expresión moral. Pensar que la máxima expresión de la moral aparece como producto del acuerdo, del cálculo, de la deliberación y, en última instancia, del procedimentalismo político, significa desdibujar la experiencia de vida que supone la moral y, sobre todo, desandar el camino de las tradiciones filosóficas donde esa experiencia ha sido revalorizada.

En el segundo punto de su trabajo, Victor Krebs da un paso más cuando se refiere ya no sólo a la influencia de la estética sino también a su necesidad para aproximarse a la ética, o mejor dicho, cuando se refiere al nexo sustancial que existe entre la estética y la ética. Su planteamiento se resume con estas palabras: "Lo estético, quisiera decir, es esencial para lo ético, aun cuando no sea ni suficiente ni necesario para lo moral"<sup>4</sup>. Esta afirmación, como puede apreciarse, supone una distinción entre la moral y la ética, que el autor asume bajo los siguientes términos:

"Lo moral lo refiero a la evaluación que hacemos de las cosas en función de lo que hemos *decidido* ya (por cualquier tipo de razones) como bueno o malo; mientras que lo ético significa aquí simplemente el contexto vivencial -que incluye no sólo cálculos racionales y deliberaciones pragmáticas, sino principalmente los imponderables emocionales y experienciales de la existencia humana- dentro del cual se hace relevante la consideración moral, o dentro del cual la pregunta acerca del bien y del mal se hace posible"<sup>5</sup>.

Esta distinción entre ética y moral puede ser, digámoslo así, metódica o expositivamente útil. Pero es necesario considerar si con ella se está planteando una escisión que lleva a colocarnos en terrenos distintos, por ejemplo, al considerar que la moral pertenecería al ámbito de lo subjetivo mientras que la ética surgiría de la objetividad del contexto. Cuando se dice entonces que lo estético es esencial para lo ético, independientemente de la moralidad, ¿no se está creando una escisión entre la estética y la moral? Es cierto, como dice el autor, que lo estético tiende a ser visto en el terreno de la subjetividad. Pero lo mismo se ha planteado numerosas veces a propósito de la moral. Por tanto, si la moral y la estética comparten el terreno común de la subjetividad, ¿por qué entonces considerarlos independientes? La experiencia estética atraviesa desde el mundo de vida ético hasta la conformación de sistemas y prácticas de evaluación moral. Afirmar entonces que la estética es neces-

3 Loc.cit., p. 46.

4 Loc.cit., p. 47.

5 Ibid.

ria para la ética pero ni es suficiente ni necesaria para la moral, significaría, por un lado, dejar de lado el valor constitutivo que la estética posee en la conformación de la experiencia moral y, por el otro, significaría dejar de lado la interdependencia que existe entre la moral y la ética.

En todo caso, Víctor Krebs es persistente en su intento de recuperar el nexo entre la ética y la estética. Su proposición supone la tarea de “tomar conciencia de cómo las maneras de pensar en nuestra sociedad descalifican precisamente aquellos elementos de nuestra experiencia que constituyen lo que estoy llamando el ámbito de lo estético”.<sup>6</sup> Pero al plantear, de nuevo, su proposición en estos términos, Krebs le da un giro significativo a su argumentación. Pues ahora ya no habla de los círculos académicos o de los ambientes intelectuales donde lo estético ha sido rechazado o ignorado. Ahora nos habla de “las maneras de pensar” que descalifican la experiencia estética. Y si esto es así, el problema que se plantea es no solamente más complicado de abordar, sino que, incluso, se podría estar en presencia del problema mismo de la conexión que efectivamente existe entre la ética y la estética.

En efecto: considerar el rechazo a la experiencia estética a partir de “las maneras de pensar”, nos coloca irremediamente en el terreno de la dimensión cultural de la ética, y podría suponer algo así como una suerte de “malestar de la cultura” atascada, por ejemplo, por el predominio de la técnica donde no tiene cabida el ámbito de lo estético. Y esto, por supuesto, es motivo suficiente para una toma de conciencia, es decir, para una revisión de la cultura y de la ética que ella supone. Pero si el rechazo a la estética surge de las mismas raíces de la experiencia cultural, es decir, de la experiencia ética, entonces el autor estaría reconociendo el divorcio entre la ética y la estética y, por tanto, estaría negando los postulados con los cuales inicia su argumentación, es decir aquellos según los cuales la estética no solamente influye sino que también es necesaria para la ética. Estaríamos entonces en presencia de un problema radical, pues si se admite que la experiencia ética puede prescindir de la estética, entonces no estaría justificada la defensa de la conexión que se pretende entre ellas. Pero el problema se halla en saber cómo es posible juzgar la experiencia ética, o desde dónde podemos juzgarla. ¿Desde la estética, desde la moral, desde otra experiencia ética, o desde la misma experiencia ética en cuestión? Entraríamos así en un terreno no solamente complicado sino quizás irresoluble por la inexistencia de ejes comunes que hagan posible la evaluación, es decir, por la existencia de procesos incommensurables. De todas maneras, coincidimos con Krebs en su insistencia de considerar lo estético como un asunto vital y cultural especialmente cuando dice que “constituye un medio indispensable para evitar que en nombre de intereses sociales o

convenciones morales, el individuo termine disolviéndose en la uniformidad colectiva, o alienándose del mundo y todo lo que lo rodea”<sup>7</sup>.

El tercer punto del trabajo de Krebs se denomina “melancolía cultural”, y constituye, digámoslo así, una mirada psicológica al problema que ha venido considerando y que ahora viene expuesto en los siguientes términos: lo que está detrás de la resistencia a lo estético no es tanto la exigencia de rigor, sino el temor a nuestros propios placeres y a correr el riesgo de ver expuesto el proceso de nuestros deseos y preferencias. Dicho de otra manera: se trata del comportamiento que busca someter los deseos al imperio de la razón. Pero se trata de una “callada desesperación” o de “melancolía”<sup>8</sup>, entendida como el retiro atemorizado ante lo que dictan los sentidos, lo que dictan las necesidades más íntimas del individuo. Por ello Krebs termina afirmando que “El intento de someter todo al rigor intelectual sería ... otra forma de cobardía existencial”<sup>9</sup>, y lo más importante -nos dice- es “que la inclinación a someter toda nuestra experiencia a ese rigor termina siempre haciéndonos padecer la sensación de una pérdida esencial”<sup>10</sup>. Pero probablemente se trata de una pérdida irreparable, quizás no hasta el punto de que las cosas se vuelvan tan inaccesibles como lo pensó Kant, sino que se alejan o tienden a alejarse -como dice el propio Krebs recordando a Wittgenstein- por las cualidades mismas del lenguaje y, en general, por las formas mismas de desarrollo del saber. Es cierto, como dice Krebs, siguiendo a Foucault, que el paso de Oriente a Occidente puede verse como la diferencia que existe entre una *ars erotica* y la *scientia sexualis*, pero quizás también esa diferencia marca el signo que distingue al quehacer filosófico occidental, pero sin que ello signifique necesariamente la pérdida de la dimensión estética, sino su absorción, digámoslo así, en las formas conceptuales propias del saber filosófico. Es cierto que las palabras hacen inaccesible el deseo con el cual ellas lo representan, y ello seguramente explica el estado de melancolía; pero habría que preguntarse también dónde y cómo se inicia la reflexión en torno al deseo y a los sentidos, y dónde y cómo se inicia la reflexión filosófica. Si no nos planteamos interrogantes de este tipo, quizás entonces no tenga sentido la argumentación inicial que rechaza la distancia que se ha producido entre los círculos académicos y el ámbito de lo estético. Porque entonces no se trataría tan sólo de los círculos académicos sino incluso del quehacer intelectual mismo. Las palabras de Krebs no dejan de ser sugerentes pero ponen quizás, ellas mismas, los límites que antes rechazaba, precisamente cuando dice:

7 Loc.cit., p. 48.

8 Loc.cit., p. 49.

9 Ibid.

10 Loc.cit., p. 50.

“Lo que sugiere entonces esta reflexión sobre lo que he llamado nuestra melancolía cultural, es la necesidad de asumir el deseo o de considerar más ampliamente lo estético, ya no en función de criterios de cierre y posesión, de logro o progreso, o exclusivamente de conocimiento intelectual, sino en función de una dilatación perpetua pero vivificante, la extensión en el tiempo de una tensión vital”<sup>11</sup>.

El paso final que da Krebs, a manera de epílogo, consiste en remarcar esta posibilidad, llamándola “curiosidad moral”, es decir, “nuestra atracción erótica hacia el mundo”<sup>12</sup>. Krebs nos presenta esa atracción como una forma de resistir la tendencia a desligarse de lo estético en los ambientes intelectuales. Y creemos que es el camino natural y deseable que se debe efectivamente asumir frente al divorcio que se ha producido entre esos ámbitos. Ese es el camino a través del cual, precisamente, se cultiva y se enriquece el sentido de lo moral. Por allí se encamina, ciertamente, la relevancia ética de lo estético. Se trataría de reconocer ese mecanismo de resistencia y, a su vez, de darle paso a la curiosidad moral. Estamos de acuerdo. También estamos de acuerdo en que tal vez sea una Nada lo que encontremos, una Nada -dice Krebs- de la que podremos dar testimonio a través de nuestro lamento. Sus palabras finales, siguiendo a Rilke, son elocuentes: se trata de un lamento que “súbitamente alza nuestra voz, iluminando la oscuridad de nuestra noche”<sup>13</sup>. El problema que -creemos- de este modo queda pendiente, es el de las complicadas y a veces incomprendidas relaciones entre la estética y la reflexión ética. Pregunto entonces: ¿no será un diálogo entre sordos? Dicho con más precisión en el contexto del trabajo que aquí comentamos: ¿no sería interesante voltear la moneda y preguntar si el rechazo también se ha producido desde la estética y, con ello, nos encontramos, simplemente, en un camino de dos vías que no llegan a encontrarse?

11 Loc.cit., p. 52.

12 Loc.cit., p. 53.

13 Loc.cit., p. 54.